

CAPITULO XIV.

*CONTINUA SUS GRACIAS LA SEÑORA,
con la suavidad de su aspecto, y hace otros muchos
favores por medio de sus Reliquias.*

Dexo ya dicho aunque de passo, y sin descender á particulares sucessos la promptitud con que nuestra Señora de Occotlán acude á las necessidades peligrosas, y urgentes de sus hijos: no obstante, porque no se marchite con el polvo del silencio la maravilla, que observó nuestro agradecimiento el año de 1747. la expondré con todas las circunstancias, que la hicieron mas apreciable.

§. I.

Disparò el Cielo por los meses de Abril, y Mayo dos lanzas de un golpe al afligido corazon de los Tlaxcaltecos: La primera, una sequedad hasta entonces no experimentada por la escasez de lluvias, la que hizo temible el azote de la hambre; y el que en otra ocasion obligó á dar gritos á toda la Provincia. El segundo una peste de Tabardillos, tan contagiosa, que no entrò en casa en que no hiciesse rifa, cubriendo á sus habitadores de lutos, y llenando los Templos de Cadaveres. Los Hacenderos sentian con igual amargura la perdida, y ruína de sus siembras, y mortandad consiguiente de sus Ganados. A la voz, y comun alarido de estas lastimas, le huvo de levantar la confianza, y la fee mas viva, para pedir por medio de la Republica al Illmo. Señor Arzobispo Obispo de la Puebla su beneplacito, y bendicion, para que se traxesse á Tlaxcala la Milagrosissima Imagen de nuestra Señora de Occotlán, á que favoreciesse en tan inminente peligro á los Pobres, que eran los que mas padecian, por su ningun possible para aplicarse aun las medicinas caseras, que cuestan poco.

Habida la licencia del Illmo. Prelado, assomó la Señora por el porton de su Casa, ó Santuario, y como el Capitan,

tan, que observa desde la altura, ó Atalaya los passos al enemigo para cogerselos, ó como quien desde lexos mide al harpon el impulso, para que al disparar el tiro no se malogre, fue baxando, y sin mas que dexarse veer, y abrir aquellos dos bellissimos ojos, se retirò la Peste, huyeron improvisamente los Tabardillos, con tal violencia, que saliendo á todas horas el Viatico, ni bolvió á salir, ni se oyeron mas agonias, ni mas redobles en la Ciudad, ni quedó enfermo, que no sanasse, y no se levantara á dar los agradecimientos á su Señora.

Entre los muchos, que lograron la vida, y la salud en la baxada, ó descension de la Virgen, uno fue Joachin Davalos, tan cargado de hijos, y de obligaciones, como de desdichas, y de miserias. En esta era se alojaba pared en medio de la Parrochia, ó Capilla de los Indios, donde la Señora se hospeda el mismo dia que baxa: Ya el buen Joachin en el termino casi peremptorio del catorzeno, se vio tan á los ultimos, que para morir solo le faltaba la ultima boqueada, que dar. Con la inmeadicion de la Sacratissima Imagen, ocurriò llena de azibares la Muger de Davalos, á pedirle misericordia, y vida para su Esposo, proponiendole la horfandad de sus criaturas, la summa pobreza en que se veia, sin tener ni un trapo para la mortaja de su Marido, ni una quartilla para su entierro. No era menester tanto alegato, para que se ablandara la Madre de la clemencia: al punto mandò al Tabardillo, que se fuesse, el que obedeciò con tal promptitud, que libre su Esposo, en aquella misma hora, del contagio, dentro de pocos dias (buelta la Señora á su Casa) la subió á visitar bueno, y sano. Solo le quedò á la Provincia entre tantas felicidades el disconsuelo de la falta del agua; prenuncio de mayores trabajos; pero trasladando al siguiente dia á nuestra Amabilissima Protectora á la Parrochial de Señor San Joseph, comenzò á enternecerse el Cielo, de modo, que al quinto dia del Novenario se fueron desfatando las nubes en copiosissimos aguazeros, con indecible jubilo de los contornos, hasta assegurarse las miezecs en todas las tierras laborias.

Mu-

Muchos (refieren los Evangelios) que sanaban de sus dolencias con solo tocar las vestiduras de Christo.

Y no son pocos los que consiguen la salud con solo el Manto de su benditissima Madre. Joseph Ignacio, hijo de D. Juan de Luna, y de Doña Maria Anna de Urizar, en la edad de tres meses, y en la cuna, casi se vió junto al sepulcro, atravesado de una espada de dos filos, y tan cortadora, como lo fue la de las Virhuelas, y Sarampion á un tiempo. Ya que disponian á le cosiendo la mortaja, se anticipó la Señora de Occotlán con su Manto: el que puesto encima del moribundo, recobró el espíritu, y la salud, tan en breve, que no dexò duda de ser su vida milagrosa, ni libertad á sus Padres para no cumplir el voto, que hizieron de llevar á su hijo al Santuario.

Merece especial memoria, lo que acaèció año de 1741. en la Ciudad de Tlaxcala. D. Joseph Calderon, pasó á la Villa de Cordova con ne sé qué incumbencias, á tiempo tan fatal, que el Vomito prieto (Aspid tan venenoso, que no bien nacido en la Vera-Cruz, especialmente quando abundan Embarcaciones, se difunde por sus contornos) estaba en la Villa amenazando un estrago en cada gota de sangre, de las muchas que hace escupir, y en cada respiracion aún de los no picados, mil sustos. Disputo D. Joseph bolverse á su Patria, por evadir un riesgo tan imminente: pero el enemigo corrió tras de él mas ligero; pues al llegar á su casa, lo hallò con la espada desnuda en su misma cabezera esperándole. Diòle tan recio el golpe, y se hallò Calderon tan mal herido, que todos lo daban por muerto, pues fueron inútiles quantas cautelas puso la medicina. La noticia de este accidente llegó al Santuario, y á los oídos del Padre Capellan, que con toda la precision, que le fue posible, se encaminò á la casa del Enfermo, trayendose consigo uno de los Mantos de la Señora. No hubo distincion entre ponerlo encima, y abrir la esperanza de recobrar la salud todas las puertas, que avia cerrado hasta entonces: pues, ó fuesse por la rabiosa sed, que trae inseparable este mal, ó por que la Santissima

tissima Virgen le inspiró, que bebiesse un jarro de agua fria (no obstante la renuencia de sus Domesticos) se lo bebió: é instantaneamente, fue prorrumpiendo en un sudor tan copioso, y por muchas horas tan desreglado, que se temia no exhalasse por tantos poros el alma, pero el efecto mostrò, que lo que avia evaporado era todo el veneno, pues quedó libre aun de las reliquias, que dexa; y tan agradecido á su Bienhechora, como dice en el papel de su Juramento, é Informe.

Este mismo Caballero, quatro años despues se vió en otro igual peligro de muerte, por lo que le aquejaba con intolerables dolores un continuado, y molesto pujo de orina, pero como ya su experiencia le avia dicho, que Medico sea el mas acertado, y que medicamento el mas eficaz, con aplicarse el mismo Manto de la Señora, y beberse otro jarro de agua desleido antes en ella un Panecito, de los que se reparten en Occotlán, cessò el pujo, salieron las flemas, sin especial dolor, y quedaron en su natural corrientes las vias.

El caso, que se sigue es un atadito de flores, en cuyas hojas parece, que nacieron, y se mecian las tres Gracias. Tres fueron en un mismo dia las que por mano de nuestra Señora de Occotlán experimentò Joseph Mariano de Escobedo. No bien convalecido este de una enfermedad peligrosa, y molesta, como el Galico, ó mal Francés, le acometiò con todas las señales de Tabardillo, una fiebre aguda, y tan fatal, que á los onze dias se murieron las cortas esperanzas, que hubo de su salud. Su afligida Esposa ya prevenia con incontolables sollozos las tocas, y los lutos, los hijos considerandose huérfanos, anticipaban al honor de la sepultura de su Padre, los últimos extremos del dolor, con sus lagrimas. En fin por no aver tomado alimento alguno Joseph en quarenta, y ocho horas, llegó la tremula luz de su vida á la postre llamada: pues lo vimos (contexta el Sacerdote, que le ayudó á bien morir) traspillados los dientes, opacos los ojos, la nariz ahilada, brotandole por el rostro la tierra: En esta constitucion, y lance verdaderamente desel-